Una ramita de albahaca

Víctor M. Ramírez

UNA RAMITA DE ALBAHACA

Víctor M. Ramírez

JEYMA
ASOCIACIÓN CULTURAL Y DEPORTIVA

1ª edición: diciembre 2015
© Asociación Cultural y Deportiva Jeyma, 2015
© Víctor Manuel Ramírez Sánchez, 2015
© Ilustraciones: Antonio Ruiz Sobrino, 2015

Edita: Asociación Cultural y Deportiva Jeyma
www.acdjeyma.es
info@acdjeyma.es
Patrocina: Excelentísima Diputación Provincial de Ciudad Real
www.dipucr.es

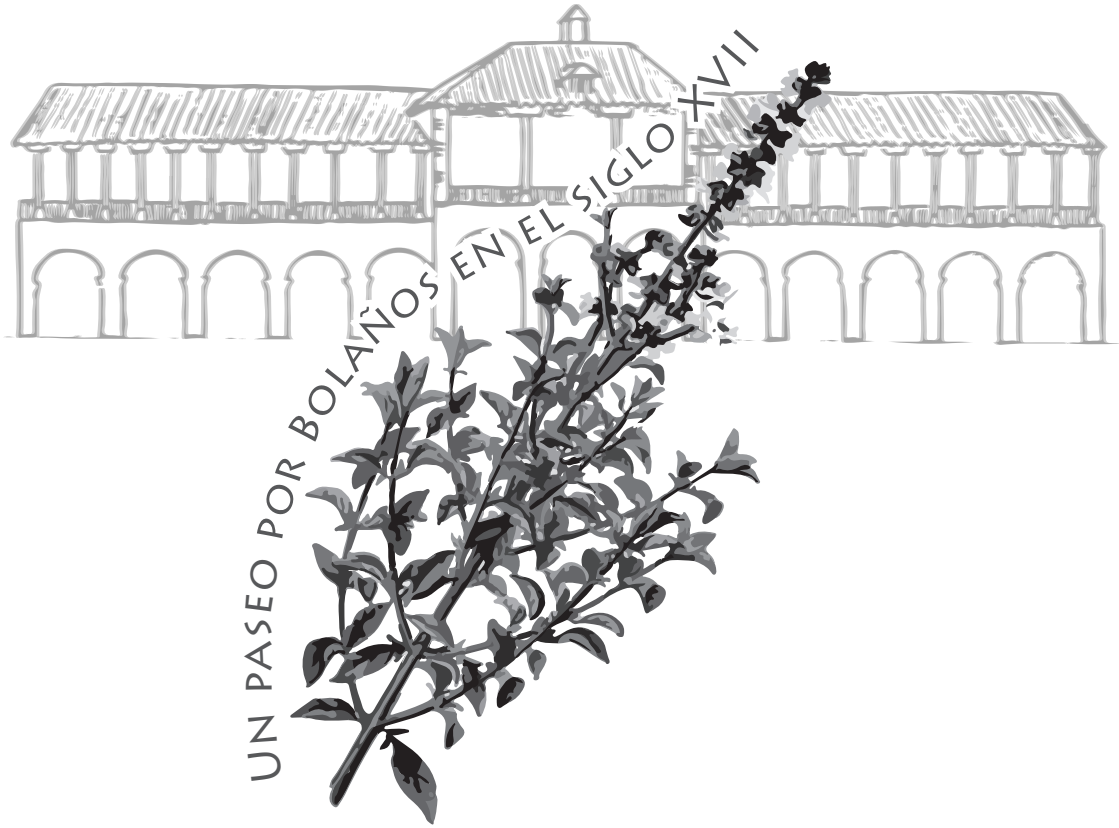
Autor: Víctor Manuel Ramírez Sánchez
Diseño y maquetación: Antonio Ruiz Sobrino
ISBN: 978-84-608-2679-8
Depósito legal: CR 1118-2015
Printed in Spain

Imprime: Indgraflex, S.L.
Pol. Ind. El Salobral
C/ Camioneros, parcela 41
Bolaños (Ciudad Real)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Una ramita de albahaca

Víctor M. Ramírez



AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer el apoyo y la colaboración que he recibido para la realización de esta novela. La aventura de escribir es siempre un reto difícil, pero a la vez bonito y apasionante. He intentado hacerlo lo mejor que he podido, y espero que al menos, aporte algo al lector. Si sirve para despertar la curiosidad por la Historia de nuestro pueblo, me doy por satisfecho. La misión estará cumplida. Agradecer en primer lugar a la archivera municipal de Bolaños de Calatrava doña **Antonia González de Toro** que me ha puesto en la senda del siglo XVII en Bolaños, dándome información, facilitándome archivos y artículos de gran valor histórico para la reconstrucción de un ambiente que no es fácil de recomponer.

Agradecer también a don **Antonio Martín Rubio** su disposición y colaboración. Me puso en la pista sobre un libro de Historia de la parroquia de San Felipe y Santiago que me sirvió para caracterizar los orígenes de la parroquia y las hermandades locales. Anticipo que queda por hacer un estudio histórico más exhaustivo de la localidad para dicho siglo, porque hay material para ello.

Por supuesto, agradecer a la **Asociación Cultural y Deportiva Jeyma** la oportunidad que me dio para la realización del libro, que sirve como uno más de los proyectos que muestran el compromiso de la entidad con la cultura y la

Historia de nuestro pueblo. Nuestra asociación, en su doble vertiente de entidad solidaria y compromiso social y cultural, sigue aportando granitos de arena para intentar paliar la desigualdad allí donde se produce, y seguir haciendo cultura y deporte en nuestra localidad. Los valores de amistad, compañerismo y solidaridad, pilares de nuestra asociación, impregnan el libro que tienen en sus manos.

Y finalmente, agradecer el apoyo que he recibido estos meses de duro trabajo recopilando información y redactando la novela. A mis padres, a mis hermanos y a mis amigos va dedicada esta novela porque aunque ellos no lo saben, parte del libro se debe a ellos. Prefiero no citar nombres porque no me quiero dejar a nadie sin nombrar, pero ellos saben quiénes son. Sobre todo, los que han compartido conmigo estos últimos meses animándome y confortándome.

Bolaños, a 14 de septiembre de 2015

Al pueblo de Bolaños,

para que valore su Historia

y así pueda valorar con justicia su presente

ÍNDICE

1. El hallazgo 13
2. Nicolás de Buenaventura 31
3. El Hospital de Santa María la Mayor 61
4. El augurio 95
5. Lope de Almerique 129
6. El procesado 179
7. María Naranjo 207
8. La partida 249
9. El fin del mundo 273
10. El Estanque 291
11. Intrigas palaciegas 311
12. La muerte del Príncipe 325
13. Una ramita de albahaca 343
Consideraciones finales 357

1. El hallazgo

Pedro maneja la excavadora CAT 3200L intentando cumplir con su cometido. Es la primera fase del gran proyecto urbanístico que se va a realizar en la localidad. Bolaños de Calatrava había sido una villa manchega como otras tantas, hasta que en los años 1970 comenzó a crecer. El pueblo había estado vinculado durante mucho tiempo a la cercana ciudad de Almagro, cuyas élites políticas siempre ejercieron un poder opresivo, o lo intentaron ejercer, sobre él. Ya en los años ochenta del siglo XX, Bolaños había sobrepasado a Almagro en población. Naturalmente, eran otros tiempos. El *boom* inmobiliario parece no tener techo. Y en Bolaños, siempre hay gente dispuesta a adquirir nuevas viviendas.

El proyecto en el que trabaja Pedro consiste en la construcción de un enorme bloque de viviendas, distribuidas en cuatro pisos, en torno a una manzana completa, con un enorme patio interior. El bloque dispondrá de cocheras subterráneas para todos los propietarios. Esta manzana se corresponde con la calle Cristo al norte, la calle Almagro al sur, la calle Ronda de los Mártires al este y al oeste la calle Vía Crucis. Con Pedro se encuentra Vicente, jefe de obra, y Santiago, el arquitecto. Aunque llevan ya un par de meses con el proyecto en marcha, en realidad solo han podido derribar todas las casas antiguas que estaban edificadas sobre ese solar, y después, su posterior desescombro.

Pedro maneja la excavadora, retirando tierra con la enorme pala hidráulica y depositándola en un camión volquete de gran tamaño, que impide que circule el tráfico por la calle Cristo. Vicente sólo ha conseguido del Ayuntamiento un permiso de cuatro horas de duración por la mañana para cortar el tráfico, por un plazo máximo de dos semanas. Por lo que Pedro tiene que darse prisa para acondicionar lo que será el emplazamiento de las cocheras. La actividad es tediosa, y aunque aún es marzo, hoy tenemos un día soleado en Bolaños, con una temperatura molesta por lo alta que es para la época del año. Los chorros de sudor se deslizan por la frente de Pedro, le empapan sus cejas, y

superan sus gafas de sol para llegar hasta sus ojos. Aunque se limpia continuamente, Pedro nota escozor y decide parar un rato para tomar aire. Sale en dirección a la calle Cristo, donde justo en la acera de enfrente, casi en el acceso al patio de la ermita del Cristo de la Columna, se encuentran Vicente y Santiago. Éstos comentan diversas cuestiones sobre la obra. A lo lejos, caminando a través de la misma calle, viene Inocencio, el conductor del camión.

–¡Qué pasa Pedro! –grita ya muy cerca del grupo Inocencio.

–Nada Inocencio –contestó Pedro inmediatamente–. He tenido que salir un ratillo de la cabina de la excavadora porque hoy no sé qué pasa, pero el calor es increíble. Tengo los ojos irritados porque se me han cubierto de sudor.

–Es cierto, Pedro. Mientras iba conduciendo el camión desde Daimiel, venía notando un enorme bochorno, nada normal para las nueve y media de la mañana –replicó Inocencio.

–Bueno… entonces… si dices que vas a descansar cinco minutos, vamos Santiago y yo a echar un vistazo para ver cómo está quedando el emplazamiento subterráneo –dijo Vicente a Pedro.

Quedaron Pedro e Inocencio charlando animadamente en la calle, sudorosos los dos, mientras Santiago y Vicente decidieron asomarse para ver cómo iba la obra. Caminaron unos metros hacia el interior del solar, y escrutaron todo lo que veían. Vicente reparó, sin embargo, en algo que no era usual. Al lado de un montón de tierra removida parecía sobresalir algo de color madera. Quizás podría ser una viga antigua. Estaba situado muy cerca de donde se corta la calle Almagro con la de Ronda de los Mártires. El perímetro estaba vallado con piezas de aluminio enormes que impedían que desde fuera se pudiera ver lo que había en el interior, aunque la valla no superaba los dos metros de altura.

–¿Te estás dando cuenta de eso? –le dijo Vicente a Santiago señalando con el dedo índice de su mano derecha hacia el lugar donde parecía asomar algo sobre el montón.

–Desde luego Vicente… yo desde aquí no veo nada raro. Como no me digas qué ves… –dijo Santiago.

–Pues aquello, ¡narices! ¡Lo estoy viendo yo, y tú no, que tienes mejor vista que yo!

–Yo no veo nada.

–¡Fíjate en aquello que sobresale por encima de ese montón de tierra, apilado casi en la esquina Almagro-Ronda de los Mártires!

–Ahora lo veo. Pero, ¿no es una enorme piedra que puede estar cubierta de tierra?

–No sé, a mí me parece otra cosa. Como algo de madera. Pienso que puede ser una viga antigua, pero no estoy seguro.

En ese momento, regresan Pedro e Inocencio.

–Bueno, voy a meterme otra vez a la fragua de Vulcano –dijo Pedro.

–No seas tan cachondo, Pedro. Oye, ¿cuándo excavaste aquella zona de allí? –le preguntó Vicente.

–Pues no sé, aún no he podido llegar a la esquina Almagro-Ronda de los Mártires. Pero la zona pegada a ella sería del pasado lunes seguramente. Es decir, hace unos tres días.

–¿No has visto nada raro al retirar la tierra de esa zona? –le preguntó Santiago a Pedro.

–No. Nada que yo recuerde. Simplemente retiro la tierra para profundizar el hueco, y la apilo en las esquinas para luego poderla cargar más fácilmente sin apenas trayecto. Parece mentira que seas arquitecto –le respondió Pedro.

–Soy arquitecto, pero no jefe de obra. Es que Vicente está viendo algo como si fuese de madera que sobresale por encima del montón de tierra apilada que hay allí.

–Ahora que lo dices, yo también veo algo, pero creo que incluso refleja la luz del Sol, ¿eh? –dijo Inocencio.

–¿Sí? ¡No fastidies! –gritó Vicente un poco desesperado.

Todos sabemos lo que supone para un jefe de obra, y para un arquitecto también, el hecho de que se encuentren restos arqueológicos o históricos en un emplazamiento concreto. Normalmente, esto se suele dar en lugares cercanos al centro histórico o casco antiguo de los pueblos y las ciudades. Y aún con más profusión en zonas de gran auge turístico. O al menos, eso es lo que parece a primera vista. En realidad, esto ocurre en todos los lugares. Sin embargo, sólo salen a la luz pública los de zonas históricas de renombre, de gran calado cultural o turístico. En los pueblos donde la Historia no tiene mucho que decir, donde apenas hay turismo, o sencillamente, donde nunca se ha apostado por ninguna de las anteriores (Historia y turismo), lo normal es que estos hallazgos se tapen con una buena capa de mortero, con hormigón, y lo descubierto queda cubierto, esta vez quizás para siempre. En otras ocasiones, las piezas son sacadas con nocturnidad, clandestinamente, para evitar que se paralicen las obras. Muchas oficialmente son encontradas en lugares fuera de toda lógica.

–Si queréis, podemos ir hacia allá y vemos qué puede ser eso –dijo Pedro.

–No quisiera ver paralizada la obra por minucias arqueológicas –advirtió Vicente.

–Debemos asegurarnos bien de ello, sabes que si nos descubren destrozando patrimonio arqueológico nos puede caer un buen paquete a ambos –le contestó Santiago a Vicente.

A medida que avanzaban como buenamente podían, justo por los bordes aún sin excavar que había dejado Pedro, iban siendo conscientes de que, tal como advirtió Inocencio, la luz del Sol impactaba con fuerza en aquello. Fuera lo que fuese, deslumbraba a la vista. Cuando estaban ya a escasos centímetros de lo que a primera vista parecía ser una viga grande de madera, cayeron en la cuenta de que ni por asomo aquello era una viga. Lo que realmente estaba cubierto bajo los subterráneos era un enorme cofre, casi tan grande como un baúl.

–¡Rápido, ayudadme! ¡Aquí hay más de lo que pensábamos! –dijo Vicente.

Los cuatro subieron como buenamente pudieron, lo más rápido posible, a lo alto del montón de tierra que Pedro había apilado cuidadosamente. Sin importarles mancharse la ropa, comenzaron a escarbar con sus

manos. Hundían sus brazos hasta más allá del codo. Vicente tenía miedo. Ya pesaba sobre su pensamiento la posibilidad de la paralización de la obra. Sin embargo, se trataba de un hallazgo fortuito, sin restos arqueológicos en el entorno que pudieran entorpecer la obra. Después de diez minutos apartando tierra, con la ropa teñida ya de marrón oscuro y el sudor corriendo abundantemente por sus frentes, finalmente pudieron sacar a la luz del día el hallazgo. No sabían qué hacer con el gran cofre. Los cuatro compañeros se miraban entre sí con una mezcla de incredulidad, incertidumbre, curiosidad y expectación. Aunque a Vicente no le hacía mucha gracia, en el fondo sabía que su curiosidad apenas le podía dejar concentrarse en otra cosa diferente. Sabía que la obra había pasado a un segundo plano.

Llevaron el cofre como pudieron al centro de la calle cortada, la del Cristo, justo enfrente de la ermita que da nombre a la calle. El cofre pesaba poco, no más de diez kilos. Sin embargo, el paso del tiempo ya había hecho mella en él. Era una enorme caja de madera de roble, que en su día, sólo Dios sabe cuándo, debió estar embellecida por un barniz exterior, del que ahora, sólo quedaba un pequeño resquicio. Los bordes estaban recubiertos por lo que bien pudiera ser plata, a juzgar por su brillo. Este metal no había perdido su esplendor.

Fue quien dio el chivatazo de su presencia. Era la parte más noble, quizás la más cara del cofre.

Comenzaron a mirarlo por todas partes. Santiago inmediatamente quedó impactado por un hecho sorprendente. Conservaba intacto el candado que guardaba quién sabe si algún que otro secreto en su interior. El candado tenía algunas letras: *Ph. IIII. H.R. D.G.* Santiago le daba vueltas al significado de aquel manojo de letras y puntos. Era imposible para él poder descifrarlo. El resto de compañeros sólo podían dar vueltas alrededor del cofre, como esperando que por un milagro de la naturaleza aquello pudiera abrirse. Como si un resorte oculto de repente se disparase y se destapara el misterio. Pasaron los minutos, pasaron las horas. Ya había acabado la jornada laboral, y los cuatro amigos aún estaban impertérritos, atónitos, en torno a aquel cofre. La gente pasaba por la calle sin prestarles demasiada atención. Sin ser conscientes de que no todos los días se producen este tipo de descubrimientos.

–Vamos a llevarlo al almacén de materiales. No se me ocurre otro lugar donde poder dejarlo. Tenemos que informarnos concretamente de cómo hay que actuar en este caso. Estoy muy intrigado. No sé qué hace aquí este cofre. Puede que se trate de la posesión de un antiguo vecino. Pero no me cuadra del todo. Estaba a

gran profundidad. Incluso por debajo de la acometida de aguas. No lo entiendo –dijo Vicente finalmente.

–Sí, vamos a guardarlo en lugar seguro a la espera de saber realmente qué hacemos –replicó Santiago.

Varios días más tarde, Vicente decidió contactar con el Museo Provincial de Ciudad Real. Realmente jamás se había encontrado con una situación así. Pero le parecía muy triste mantener en un sucio almacén de materiales, corroído por la humedad, el cofre que había encontrado en la obra de la calle Cristo. Pensó que si en Bolaños se llegara a saber que había encontrado un cofre, aparentemente histórico, y se lo había callado, todo el pueblo se le podría echar encima e iba a tener bastantes problemas. Vicente realmente no conocía el procedimiento adecuado a seguir, pero decidió moverse más pronto que tarde. Conocía a Amparo, que trabajaba desde hacía diez años en el museo, y ella le informó. Esa misma tarde, un grupo de historiadores y arqueólogos estaban ya en el almacén intentando desentrañar qué era realmente lo que Vicente había descubierto en su obra. Tuvo que rellenar un sinfín de formularios. *Todo sea por evitar problemas* –pensaba. Inmediatamente comenzó una fuerte discusión entre los expertos, todavía dentro del enorme almacén de materiales:

–Este cofre tiene más de cien, y yo diría que más de doscientos años –dijo Juan Carlos, uno de los arqueólogos.

–Sin embargo, ha aparecido, según nos cuenta don Vicente, en un nivel del subsuelo que, aparentemente, no se corresponde con una fecha tan remota. Pero fijaos que el candado tiene una inscripción grabada. Ahora mismo no me atrevo a especular sobre su significado, pero seguro que en la Universidad tendrán una respuesta –comentó Ricardo, otro miembro del equipo.

–Deberíamos informarnos, antes de especular, y acompañando las informaciones que nos pueden dar en la Universidad, sobre el urbanismo de Bolaños en los siglos anteriores. Sabemos que esta manzana estuvo ocupada por casas, viviendas particulares y corrales vecinales durante todo el siglo XX. Es probable que durante el siglo XIX también estuviera ocupado por viviendas. Pero eso no lo sabemos. Y en todo caso, para el siglo XVIII, e incluso para el siglo XVII, no tenemos ni idea de si formaba parte del casco urbano o era un descampado. Esto en torno al contexto tanto histórico como del entorno. Segundo, habría que intentar averiguar lo antes posible el contenido del cofre. Porque pesa, no mucho, pero pesa. El roble pesa bastante. Y la plata que lo adorna pesa menos, pero aun así, yo estoy convencida de que dentro debe guardarse algo de gran valor. Primero, porque si no, no hubiera sido necesario

enterrarlo, y menos dentro de un cofre cuyo valor es incalculable. Y segundo, y lo que creo aún más importante, más misterioso si cabe, tenemos un candado cerrado que, aparentemente, jamás ha sido desechado. No sé si sería buena idea empezar a buscar una llave o algo parecido en la manzana excavada de la obra, pero me temo que es casi imposible llegar a encontrarla. Podría retrasar nuestras investigaciones. Y yo soy la primera que sé que no podría aguantar la espera. Sabiendo, como creo que todos sabemos, incluido don Vicente a juzgar por su tono de voz cuando nos lo comentó, que dentro de él hay algo, estamos ante uno de los momentos más intrigantes y emocionantes de nuestra profesión –dijo Azucena, investigadora y arqueóloga.

–No tengo tiempo para eso, Azucena. La obra estaba estimada en un plazo que ya casi nos será imposible cumplir. Como has visto, no hay restos arqueológicos. Para no tener problemas aceleramos las obras para levantar todo el subsuelo, y no ha aparecido nada. Me parece una pérdida de tiempo buscar una supuesta llave. Digo supuesta porque no sabemos, o mejor dicho, no me podéis confirmar que el cofre tenga una llave con que abrirlo. Y yo me atrevo a decir algo, sin ser muy experto en la Historia. Pero me gusta especular. Si yo hubiera escondido un cofre, que evidentemente no tengo la intención de "rescatar" porque ha aparecido cerrado,

si éste tuviera llave yo la haría desaparecer deliberadamente. ¿Comprendéis? No ha aparecido nada que tenga que ver con el cofre en la obra. No ha aparecido llave, aunque estoy dispuesto a remover toda la tierra que extrajimos porque la tengo guardada. Pero yo pienso que no hay tal llave. Por lo que fuese, motivo que no alcanzo a adivinar, quien quiera que escondiera este cofre, tenía la intención de que no se encontrara. O al menos, de que cuando se encontrase no pudiera ser abierto –comentó Vicente.

–Lo que dices tiene mucho sentido, Vicente, pero nosotros nos movemos con un método científico y debemos atar todos los cabos. Lo que está claro es que el cofre guarda algo. Corremos el riesgo, fascinante por cierto, de iniciar un galimatías sin consistencia. Es decir, podemos toparnos con un acertijo dentro de otro aún mayor que a su vez forme parte de otro más grande –trató de mediar Juan Carlos.

–Yo creo que aquí perdemos el tiempo. En este almacén, mirando todos como tontos al cofre no vamos a hacer nada. Lo que está claro es que el cofre debe ir al laboratorio. Deberíamos obtener una fecha aproximada de su fabricación, que nos dé una pista de por dónde nos movemos. Y en todo caso, yo soy partidaria de abrir, con sumo cuidado, el candado. Para mí, la clave de todo está dentro, como ya he dicho antes –dijo Azucena.

La discusión se prolongó unos minutos más sin que se obtuviera nada en conclusión.

Finalmente, los expertos determinaron que había que trasladar lo antes posible el cofre al laboratorio. Al haber permanecido bajo tierra durante siglos, cada minuto que pasaba al aire de los tiempos nuevos corría a favor de su deterioro. Ni Vicente, ni los expertos quisieron dar a conocer la noticia del hallazgo porque ni a Vicente le hacía mucha gracia que la obra pudiera quedar paralizada, ni a los expertos les gustaba la idea de tener que responder a los medios de información una infinidad de preguntas que ya sabían, a priori, no tendrían respuesta. La Historia es así de caprichosa. A veces resurge de la forma más inesperada. De la manera quizás más estúpida. Parece no tener sentido. Pero como en casi todas las cosas de la vida, lo que aparentemente parece no tener sentido, en el fondo termina teniéndolo.

El cofre no era otra cosa sino un resto histórico sorprendente. Los vecinos de Bolaños no tenían ni idea de que debajo de esa manzana de casas viejas, desvencijadas, muchas de ellas abandonadas, pudiera esconderse, refugiarse, evadirse del tiempo, ese magnífico cofre. Nadie conocía qué era lo que había allí. Qué tipo de edificio se había construido. Qué fue lo que había en tiempos ya remotos. En la sociedad en la que

vivimos, la Historia sólo tiene un valor simbólico, político, y sobre todo, anecdótico. Todo eso es lamentable. Profundamente lamentable. Porque en el más mínimo detalle, se esconde una historia grandiosa, formidable, impecable. La Historia es la herencia no biológica que se transmite de generación en generación. Nosotros mismos somos hijos de toda esa Historia. Nuestros genes ya estaban pululando por aquí mucho antes de que nuestros padres o incluso nuestros abuelos nos pudieran siquiera imaginar. Nosotros ya vivimos en épocas remotas. Nosotros mismos, viviremos en épocas muy lejanas en el futuro. Recordar nuestro pasado es honrar a nuestros ancestros. Es valorar nuestro presente. Y también supone cimentar nuestro futuro. Aquellas sociedades olvidadas, perdidas tiempo atrás, salen a la luz como queriendo retomar un protagonismo que ya tuvieron en otros momentos. A veces, suerte de la Historia, aparece un cofre que, de pronto, da a conocer una Historia secreta, escondida, grandiosa. Otras veces son esqueletos, o elementos metálicos, o cerámicas, o papeles escondidos… da igual. Son los caprichos del tiempo, y de la vida también, los que nos hacen cambiar nuestra mente. Valorar lo que hubo. Y abrir la mente hacia un tiempo pasado, que en realidad, sigue presente. Sigue aquí. Aquí y ahora.

El cofre llegó al día siguiente al departamento de Arqueología de la Universidad Complutense de Madrid. Quedó postergado para una ocasión más propicia. Debía ser trasladado al laboratorio para su correcta exploración, y para la realización de un estudio histórico de la manera más científica posible. En el Departamento de Arqueología había tres enormes almacenes que guardaban una ingente cantidad de restos de lo más variopinto. El primer almacén, el más antiguo, tenía apilados en la esquina de la derecha al fondo, una docena de capiteles, probablemente góticos. En las doce filas de estanterías se guardaban gran cantidad de monedas, ánforas, espadas, armas de todo tipo, alfileres, cascos, panoplias militares y alguna inscripción en mal estado. Las arañas y las ratas campaban a sus anchas. A raíz de esto me llega a la mente una reflexión: ¿acaso no estamos contemplando un cementerio de la Historia? Materiales muertos, que en realidad siguen vivos porque están ahí, no son perecederos, y tienen una historia original, propia, fecunda y diversa que contar. Pero están a la espera de ser escuchados. Algunos llevan décadas esperando. Están armados de paciencia. Estos restos no la pueden perder, pese a que quienes debieran haberlos estudiado no la tuvieron, la perdieron por el camino. Quién sabe si junto a su dignidad como profesional. El segundo almacén, mucho más grande que el primero, pero menos antiguo, tenía

sobre todo restos de cerámica de la más diversa procedencia. Es una pena que haya gran cantidad de restos metidos en bolsones de plástico negro, como quien guarda basura a la espera de arrojarla al vertedero. El tercer almacén es el más nuevo. Ahí van los últimos restos en ser incorporados. No es tan grande como el segundo, pero al ser más nuevo, está más limpio y, por lo tanto, sus restos están mejor cuidados. Además, hay un cuarto especial donde llegan algunas obras de arte, sobre todo pictóricas, para ser convenientemente restauradas, para darle su antiguo esplendor.

El cofre llegado desde Bolaños quedó en la cuarta balda de la vigésima estantería del tercer almacén, perfectamente flanqueado por dos enormes sables de plata de factura toledana y un casco recién restaurado procedente de una colección particular de época bajomedieval. Cada resto cuenta su historia, o espera para ello. El cofre tenía garganta, pero estaba sellada por un candado del siglo XVII. Es a ese siglo precisamente donde nos tenemos que trasladar para dar comienzo a la historia que estoy dispuesto a contarles.

Adquiera la novela completa

P.V.P.*
12€

* recaudación destinada a fines solidarios

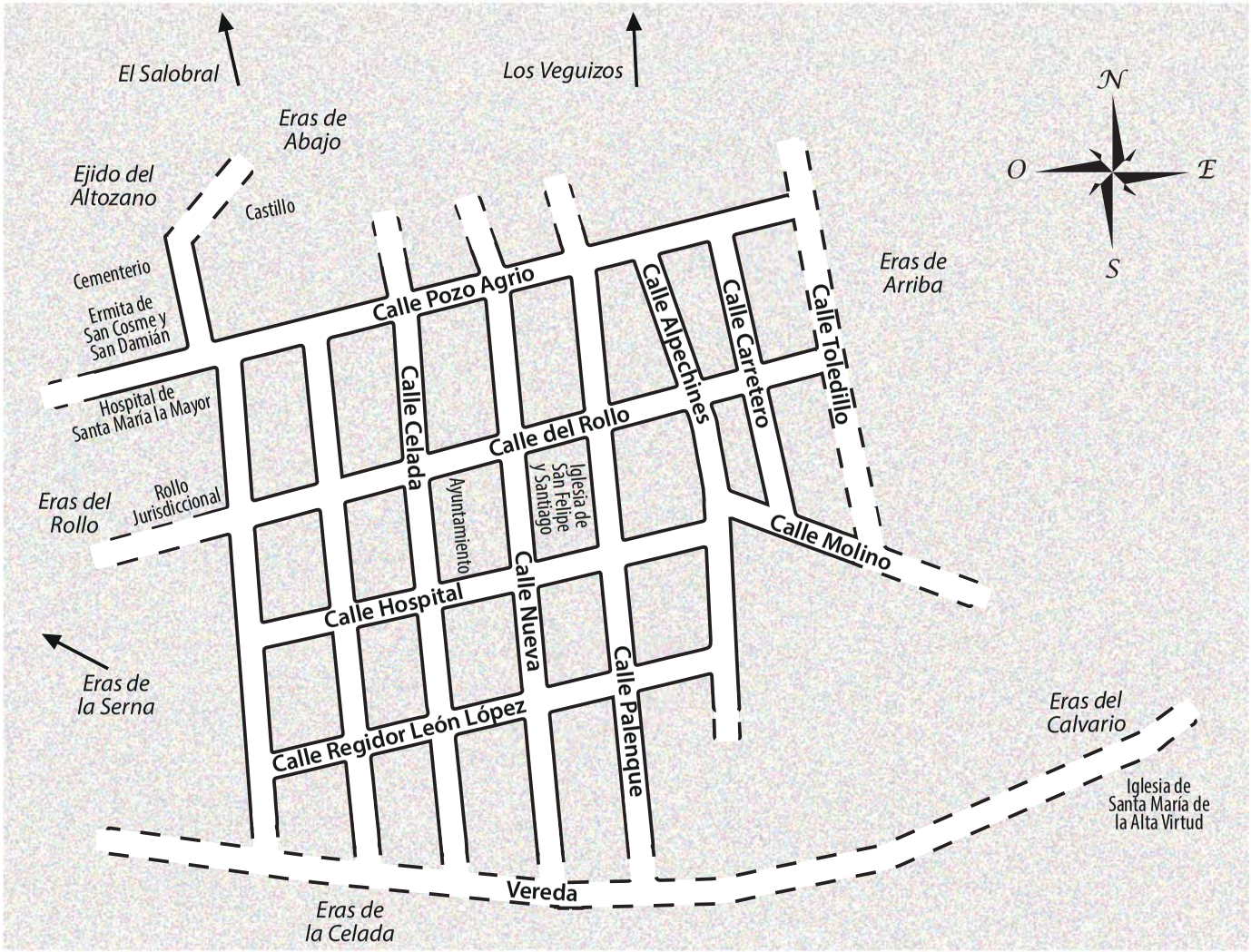
Puntos de venta:

- Librerías de Bolaños.
- Librería Serendipia (Ciudad Real).
- Biblioteca Municipal de Bolaños.
- Sede ACD Jeyma (Cristo, 94. Bolaños).
- www.acdjeyma.es

JEYMA
ASOCIACIÓN CULTURAL Y DEPORTIVA

DIPUTACIÓN DE CIUDAD REAL

APROXIMACIÓN AL PLANO DE LA VILLA DE BOLAÑOS EN EL SIGLO XVII


El Salobral
Los Veguizos
Eras de Abajo
Ejido del Altozano
Castillo
Cementerio
Ermita de San Cosme y San Damián
Hospital de Santa María la Mayor
Eras del Rollo
Rollo Jurisdiccional
Eras de la Serna
Eras de la Celada
Eras de Arriba
Eras del Calvario
Iglesia de Santa María de la Alta Virtud
N
O
E
S
Calle Pozo Agrio
Calle Celada
Calle del Rollo
Calle Alpechines
Calle Carretero
Calle Toledillo
Calle Molino
Calle Hospital
Calle Nueva
Calle Palenque
Calle Regidor León López
Ayuntamiento
Iglesia de San Felipe y Santiago
Vereda

En la primavera de 1645 un par de extraños personajes llegan a la Villa de Bolaños. Dos viejos hombres de negocios, tratantes de ganado, que no han tenido suerte en sus viajes por Andalucía. Siguen su marcha hacia Madrid, pero deciden descansar unos días en el pueblo. En su estancia en Bolaños conocerán a los más variados personajes, así como algunos acontecimientos de gran importancia para el pueblo. Pasearán por los rincones más emblemáticos del lugar, conocerán las disputas, las rencillas, las envidias, y también el amor. Pero, sin embargo, estos extraños personajes no son quienes dicen ser…

9 788460 826798

JEYMA
ASOCIACIÓN CULTURAL Y DEPORTIVA

DIPUTACIÓN DE
CIUDAD REAL